

LA LLEGADA DE UNA NUEVA VIDA

El nacimiento de un hijo es un hecho trascendental en nuestras vidas, se convierte en un motivo de felicidad y al mismo tiempo de preocupaciones y cuestionamientos sobre cómo hacemos las cosas con él.

Consciente e inconscientemente nuestra relación con él se ve afectada por los temperamentos y estilos de ambos y por las expectativas e historia personal que nos influyen como padres.

LA FUNCIÓN DEL NIÑO

Ya desde antes de nacer los padres suelen formarse una imagen ideal del futuro hijo. Qué carácter tendrá, qué le gustará, qué hará, etc. Muchos de los problemas posteriores surgirán cuando el niño rompa el guión, se separe de lo que los padres habían ideado para él y no se adapte a las expectativas.

En algunas ocasiones el bebé viene al mundo con una difícil misión encomendada por los padres, por ejemplo salvar la pareja, sustituir a un bebé fallecido o hacer compañía al hermano mayor. Una vez nace el bebé sigue recibiendo atribuciones por parte del entorno que le rodea: tiene la nariz de su padre, el carácter de su madre, es bueno porque duerme, es malo porque llora, etc.

Conocer qué es lo que esperamos de nuestros hijos y para qué vinieron al mundo nos ayudará a esclarecer nuestro comportamiento y de dónde vienen algunas de nuestras satisfacciones y frustraciones con ellos. Muchos de los problemas que a veces tenemos con los niños provienen del hecho de que no se ajustan a lo esperado y eso nos genera contrariedad o rabia. Por el contrario a veces nos enorgullecemos cuando realizan nuestros deseos.

COMUNICACIÓN

El niño en los primeros meses de vida es absolutamente dependiente de su entorno. No puede alimentarse solo, ni desplazarse en el espacio, ni limpiarse o decir qué le duele.

Prácticamente lo único que puede hacer es expresar que tiene una necesidad mediante el llanto, es el medio de expresión que le permite alertar a los que le rodean de que hay algo que no marcha bien y necesita ser atendido: tiene hambre, el pañal mojado o el dolor de un diente que le está saliendo. Aparte de medio de comunicación, llorar le sirve para descargar la tensión de su organismo y aliviar en parte su malestar. No apreciar, en lo que de útil tiene, el llanto y hacer caso omiso de este solo servirá para que el niño se sienta poco valioso, abandonado y se resigne a que sus esfuerzos no sirven para nada.

Mientras el bebé no se pueda expresar con palabras, tenemos que interpretar lo que le pasa y necesita a través de lo que observamos (sus gestos y movimientos) de lo que escuchamos (llanto, risas) o de lo que notamos en nuestro propio cuerpo cuando le sostenemos en brazos-se agita rápidamente por ejemplo.

Gracias a estas sensaciones y a las emociones, que se generan en la interrelación con nuestros bebés, los padres sabemos lo que hemos de hacer y pensar. Nos permite ponernos en su lugar de una manera empática y adivinar lo que ocurre.

Existe una resonancia, algo que vibra dentro de nosotros como respuesta a lo que percibimos con él, que tiene que ver también con nuestra historia. Si percibimos irritación en el llanto de nuestro bebé y el enfado es una emoción difícil de sentir en nuestra vida tal vez vamos a tratar de calmarle con más ansiedad.

Necesitamos ir poniendo palabras por él -tienes hambre eh?- Como un modo de expresar lo que el bebé no puede con palabras, de comprenderle y de hacer que se sienta comprendido.

Así comenzamos a crear los primeros capítulos de nuestra historia, una historia que durará toda la vida.

VÍNCULO

Desde el instante de su concepción, el futuro bebé crece y se desarrolla con total dependencia de la madre (**sin unión no hay crecimiento**). El embrión (más tarde feto) se alimenta, crece y respira gracias a la madre, a través de ella consigue lo que necesita, lo que le ocurra a ella repercutirá en él.

El momento del nacimiento supone un primer paso diferente dentro de esta **absoluta dependencia**, de este insustituible vínculo madre- hijo. El corte del cordón umbilical es la primera de una serie de separaciones (**sin separación no hay crecimiento**) que se van a ir produciendo a lo largo del desarrollo. El niño pasa de la casi total pasividad que tenía en el útero a un papel más activo fuera de él. Ahora tiene que luchar por su supervivencia, respirar por él solo, tiene que succionar si quiere comer y tendrá que reclamar el alimento mediante el llanto.

Muchas investigaciones apuntan a que en las primeras seis semanas de su vida el bebé no distingue entre él mismo y el entorno. Como describe Daniel N. Stern, en su maravilloso libro Diario de un bebé, a partir de la séptima semana empieza a distinguir la figura del fondo, lo que se convierte en un primer proceso de percepción diferenciada. Quizá el primer sentimiento de ser diferente. Además empieza a tener otras sensaciones distintas y a emparejarlas, lo que se llama percepción intermodal. Es capaz de reconocer visualmente una tetina que ha chupado, es como si dijera esto se corresponde con esto otro.

También empareja sentimientos, como el de placer al ver la cara de su madre. Empieza a tener un modelo mental o representación compuesto de muchas piezas de interacción con el que se van creando las expectativas, lo que es posible esperar en la relación. Es decir, comienza a recordar, a tener una memoria de lo que ocurre en su relación con los demás.

A partir de los cuatro meses el bebé se vuelve más social, empieza a buscar y a responder más a las expresiones faciales, parece necesitarlas con avidez. En el experimento de la cara inanimada se exponía a bebés ante sus madres, que no mostraban ninguna expresión emocional en su rostro, y entonces los bebés trataban de reavivarlas sonriendo, gesticulando y llamándolas. Si no lo conseguían, se volvían y parecían tristes y confusos.

UN VÍNCULO ESPECIAL:EL APEGO

De entre todas las relaciones que el niño establece, en sus primeros meses de vida, sobresalen a partir de los 8-9 meses aproximadamente una o unas pocas que se convierten en verdaderamente significativas para él. Este tipo de relaciones denominadas relaciones de apego, demuestran la inclinación del niño sobre ciertas personas, llamadas figuras de apego, que normalmente son los progenitores o algún cuidador.

A partir de un determinado momento de su desarrollo se hará evidente la preferencia del bebé por la persona que se convierta en su figura de apego, deseará estar lo más cerca posible y reaccionará con llantos ante la separación. Estos sentimientos y acciones del pequeño denotan que ha establecido una relación especial, un vínculo emocional intenso e insustituible para él.

James Bowlby fue el primero en investigar estos fenómenos y en formular una teoría del apego. Más tarde una de sus ayudantes, Mary Ainsworth, se dedicó a estudiar este tema de manera más detallada, mediante una situación experimental llamada "situación extraña". En este experimento la madre y el bebé interactuaban en una habitación con juguetes, al poco aparecía una persona desconocida y después la madre se marchaba dejando a su hijo en compañía del extraño. Al cabo de un tiempo la madre se reencontraba con el niño. Los observadores anotaban las respuestas del bebé en cada momento, tanto sus reacciones con la madre como con el extraño.

A raíz de esas investigaciones, Ainsworth observó una serie de comportamientos diferentes y agrupó a los bebés en tres categorías principales:

1) Niños de apego seguro

Inmediatamente después de entrar en la sala de juego, estos niños usaban a su madre como una base para explorar el entorno. Se movían con libertad por la sala regresando hasta donde estaba ella de vez en cuando y luego volvían a

empezar. Cuando la madre salía de la habitación, su conducta exploratoria disminuía y se mostraban claramente afectados. Su regreso les alegraba claramente y se acercaban a ella buscando el contacto físico durante unos instantes para luego continuar su conducta exploratoria.

-Ainsworth creía que estos niños mostraban un patrón saludable en sus conductas de apego. La responsividad diaria de sus madres les había dado confianza en ellas como protección, por lo que su simple presencia en la Situación del Extraño les animaba a explorar los alrededores. Al mismo tiempo, sus respuestas a su partida y regreso revelaban la fuerte necesidad que tenían de su proximidad

2) Niños de apego evitativo

Se trataba de niños que se mostraban bastante independientes en la Situación del Extraño. Desde el primer momento comenzaban a explorar e inspeccionar los juguetes, aunque sin utilizar a su madre como base segura, ya que no la miraban para comprobar su presencia, sino que la ignoraban. Cuando la madre abandonaba la habitación no parecían verse afectados y tampoco buscaban acercarse y contactar físicamente con ella a su regreso. Incluso si su madre buscaba el contacto, ellos rechazaban el acercamiento.

-Ainsworth intuyó que se trataba de niños con dificultades emocionales; su desapego era semejante al mostrado por los niños que habían experimentado separaciones dolorosas. Las observaciones en el hogar apoyaban esta interpretación, ya que las madres de estos niños se habían mostrado relativamente insensibles a las peticiones del niño y rechazantes.

3) Niños de apego inseguro-ambivalente

Estos niños se mostraban tan preocupados por el paradero de sus madres que apenas exploraban en la Situación del Extraño. Pasaban un mal rato cuando ésta salía de la habitación, y ante su regreso se mostraban ambivalentes.

Estos niños vacilaban entre la irritación, la resistencia al contacto, el acercamiento y las conductas de mantenimiento de contacto. En el hogar, las madres de estos niños habían procedido de forma inconsistente, se habían mostrado sensibles y cálidas en algunas ocasiones y frías e insensibles en otras. Estas pautas de comportamiento habían llevado al niño a la inseguridad sobre la disponibilidad de su madre cuando la necesitase.

Como vemos en el establecimiento y mantenimiento del tipo de apego juegan un papel fundamental las emociones, experiencias anteriores, las expectativas y los recuerdos. Esos recuerdos crean las expectativas de lo que es posible en el aquí y ahora con alguien y lo que es previsible que suceda a continuación.

El apego, ese vínculo especial, está formado por muchas piezas de relación bebé-progenitor. Estas piezas son el material con el que se construye la experiencia de estar con otra persona y lo que ello significa: qué se siente, qué se puede hacer, qué puede ocurrir.

Los niños de apego seguro, parten de la seguridad que les proporciona, por ejemplo la madre y que les permite “usarla” como una base segura desde la que lanzarse a explorar el entorno y volver cuando lo necesiten a ella, con la seguridad de que estará allí si desean regresar a por afecto y protección. La repetición de estas interacciones en la relación servirá para ir reforzando los lazos de un encuentro satisfactorio para ambos.

Así bebé y mamá se unen y separan, en un ir y venir que va creando el lazo de su relación, a través del movimiento y la emoción que les permite seguir escribiendo una bonita historia.